

Virginia Gil Amate, *Sueños de unidad hispánica en el siglo XVIII. Un estudio de 'Tardes americanas' de José Joaquín Granados y Gálvez*, Alicante, Universidad (Cuadernos de América sin nombre, 30), 2012, 284 págs.

En el espacio geográfico de una pequeña localidad mexicana, Pinal de Amoles (en el actual estado de Querétaro), más simbólica que concreta, el diálogo entre un español y un indio permitió a José Joaquín Granados y Gálvez entrar en una construcción múltiple en la que abarca temas y debates que nos reflejan un siglo XVIII novohispano repleto en su final de incertidumbres, aunque no tienen estas su registro tanto en el decir de Granados, como en la articulación de cuestiones políticas, religiosas e históricas que afloraban entre el tiempo contemporáneo al relato y la tradición formada en los siglos coloniales: los vaivenes políticos de aquel último cuarto de siglo, los conflictos de la misma iglesia mexicana, los ecos de lo que se ha llamado la «polémica del Nuevo Mundo» (en el enunciado de Antonello Gerbi), se acumulaban en la construcción dialógica que, para realizar un trazado de sentidos, tomaba la perspectiva de una historia integral del mundo americano sin omitir un pasado prehispánico que el indio, en el diálogo, conoce y reivindica.

Esas *Tardes americanas* son el objeto de estudio de los *Sueños de unidad hispánica en el siglo XVIII* de la profesora Virginia Gil Amate, una propuesta amplia con una reformulación sobre lo que significa, más de dos siglos después de haber sido escrita, aquella obra publicada en 1778 por el que sería obispo de Sonora desde 1788.

Me ha sorprendido con grata curiosidad el análisis de fuentes que la autora de este libro establece, rectificando a veces errores del franciscano; es como si nos quisiera meter en el taller de lecturas y palabras que Granados tuvo, en la lección casi contemporánea de Lorenzo Boturini y en toda la tradición de cronistas y, sobre todo, en los clasificados como mestizos (Alva Ixtlixóchitl, Alvarado Tezozomoc, Chimalpahin, etc.) que permiten la reivindicación de un pasado indígena en la hora crepuscular quizá de otra tarde americana. Pero nos advierte la autora siempre del error de lecturas indigenistas fuera de tiempo que estas páginas de Granados pueden crear. Hay un contexto cultural (Boturini, Eguiara y Eguren, luego Clavijero como ejemplos principales) que debe ser tenido muy en cuenta, pero no para reinventar la historia ni los sentidos del texto. Se podía reivindicar el pasado prehispánico, en la voz dialógica del indio, para vislumbrar un significado armónico entre aquel y lo que había sucedido luego, la conquista. Virginia Gil hace por ello un aviso a navegantes por mares ingenuos de una construcción histórica que existía en la sociedad colonial:

Granados reivindica los saberes indígenas, las lenguas, la historia, pero no en confrontación con lo que pasó luego, sino en armonía indestructible con la evangelización. Diremos que, tras su grandeza cultural, este principio era su límite, porque un franciscano del siglo XVIII podía asumir retazos interculturales, pero nunca con sus valores de ahora. Nuevos indicios quizá, pero no proclamas que condujeran a no se sabía dónde.

Los diálogos entablan entonces otra reivindicación, la de los «españoles americanos», en la que la lección de Feijoo aparece por todas partes, como asentimiento y también como refutación. Estamos ante otra apología de ingenios del Nuevo Mundo, sucesora de la de Eguiara y anticipadora de la de Beristain, que entreabre un discurso coherente sobre la realidad americana denostada en polémicas europeas. Las virtudes humanas de los criollos van parejas a las cualidades intelectuales. No abre el indio un debate sobre la teoría de los climas, aunque subyace la matización por Feijoo de la misma, al centrar en temprana educación lo que otros afirmaron como temprano despertar de los ingenios y, por eso, prematura decrepitud posterior, sino que amplía la escasa nómina de inteligencias americanas que, en los años 30 del siglo, el benedictino había afirmado: treinta y uno son ahora los autores que sitúa para su refutación del ataque a la sabiduría y a la realidad novohispana, desde españoles del siglo XVI hasta contemporáneos como Juan Benito Díaz de Gamarra, en cuya afirmación por Granados obtenemos, precisamente por los problemas que tuvo Díaz de Gamarra con la Inquisición, una demostración de la atención de Granados hacia sus ideas ilustradas, pensamiento que no alcanza desde luego a su debate: otra nómina de sesenta científicos, teólogos, gramáticos, lingüistas se detiene particularmente en detalles que demuestran más una admiración exaltada por señalar ingenios prodigiosos, que una atención a la razón que estaba aflorando en alguno de ellos.

La afirmación americana conlleva una razón política, que tiene que ver con constantes reflexivas que en el libro se analizan muy bien: el mestizaje como hispanización y el derecho de los criollos a ocupar los altos cargos eclesiales y virreinales. Y estas dos cuestiones son claves para la interpretación que se propone. La apertura de un contexto político, que es crónica contemporánea de los últimos decenios del siglo (las reformas borbónicas, la actuación del visitador Gálvez, del arzobispo Lorenzana, el efecto de la expulsión de los jesuitas, el IV Concilio de la iglesia mexicana, el guadalupismo) abre los diálogos a un conjunto de interpretaciones que nos sitúan en la inestabilidad del virreinato en los últimos decenios del siglo y en las soluciones aportadas desde los poderes peninsulares. Y la lectura de las intervenciones del español y el indio nos emplazan ante contraseñas precisas que Virginia Gil recompone con minuciosa atención. Si antes ha puesto la atención sobre la llamada Representación de

1771, en la que se propone que los criollos detenten puestos políticos principales en el virreinato, ahora son textos sobre las «enfermedades políticas» del virreinato (como el paradigmático y casi desconocido en su tiempo de Hipólito Villarroel) y otros documentos de virreyes, secretarios, viajeros en la misma dirección, los que animan una lectura contextual en la que entendemos *Tardes americanas* como la respuesta amplia, a veces farragosa, a un tiempo político en el que el Imperio comenzaba a ser imposible.

Un sueño hispánico de unidad para volver a ajustarlo, también para solucionar la crisis que había anticipado la independencia de las colonias inglesas del norte, surgía de las páginas de Granados, haciendo acopio de historia precortesiana y virreinal, de mestizaje hispánico, de criollismo para el gobierno de la sociedad, de reintegración de la colonia en un antiguo valor que posibilitara la continuidad de la historia vivida.

Esta investigación reconstruye sin duda una interpretación de un texto importante y aún bastante desconocido. Quizá la edición crítica y comentada del mismo sea todavía necesaria y en este trabajo están presentes todos los instrumentos para la misma.

Destaco el valor intelectual, junto al rigor, para plantear una exégesis que no es acorde con determinadas vulgarizaciones: el texto de Granados y Gálvez ha podido ser leído también como reivindicación del pasado prehispánico y como confrontación anticipada con el poder virreinal, en aras de la formación de un sentir preindependentista, pero un profundo respeto a las palabras de Granados llevan a la autora a la interpretación sobre todo de un sueño de unidad hispánica, imposible ya al final del Imperio, una quimera anclada en saberes antiguos y contemporáneos, en crónica de la sociedad e historia de la misma. Esta es una parte principal de la lectura y la investigación de Virginia Gil da una dimensión certera a la interpretación del texto. *Sueños de unidad hispánica en el siglo XVIII* abre sin duda un camino certero que se ha de seguir recorriendo.

JOSÉ CARLOS ROVIRA  
Universidad de Alicante